

# ORÍGENES Y DESARROLLO DE UN FASCISMO MEDITERRÁNEO

---

Francesca Canale Cama  
Università degli Studi della Campania Luigi Vanvitelli  
<https://orcid.org/0000-0002-1546-0961>

## HACIA UN FASCISMO MEDITERRÁNEO

Cuando en octubre 1922 en Italia se asistió al éxito de la marcha sobre Roma, el fascismo italiano fue sin duda el primer movimiento de la categoría de los «fascismos» que llegaba al poder después de la guerra, tanto en Europa como en el Mediterráneo.

En la tradición historiográfica italiana esta primacía, al menos temporal, ha condicionado considerablemente los estudios. En efecto, la interpretación de la relación entre el fascismo y otras dictaduras nacionales ha privilegiado durante mucho tiempo el papel del fascismo como modelo ganador y su intención más o menos oculta de «colonizar» los espacios de la política en otros contextos nacionales o coloniales y, paralelamente, la actitud de estos últimos para recibir el «modelo» fascista (Albanese, 2016; De Felice, 2019a; Collotti, 2004; Vivarelli, 1991).

En esta perspectiva, según el enfoque dado a los estudios sobre el fascismo por Renzo De Felice, todas las posibilidades de una lectura comparada o transnacional de las diversas formas referibles al fascismo (incluso la comparación clásica entre el fascismo italiano y el nazismo alemán) se van reduciendo. Según De Felice, de hecho, debemos «usar el término fascista con extrema precaución si, al menos en el contexto histórico, queremos comprender la peculiaridad de los movimientos y si realmente queremos entender todo el período en su conjunto» (De Felice, 1975: 89).

La adopción de esta línea clásica impuso una clara distinción entre el modelo fascista y las dictaduras simples en el contexto mediterráneo de la década de 1920, interpretando las relaciones entre el primero y las segundas solo en términos de una recepción efectiva o incorrecta de un modelo original, el del fascismo italiano. Solo en tiempos recientes se han retomado los elementos de una posible interpretación comparativa, según un nuevo planteamiento cultural que, no por casualidad, se impuso precisamente en los años posteriores a la Conferencia de Barcelona de 1995 (Luebbert, 1997; Collotti, 2004; Costa Pinto, 2014)<sup>1</sup>.

La pregunta entonces era: si hay una Europa mediterránea, ¿podemos hablar de su historia con rasgos comunes basados en un análisis transnacional del desarrollo político, social y económico de las diversas realidades? En esta línea, y para los regímenes autoritarios, ¿todavía se puede hablar de una simple difusión del modelo del fascismo italiano? De hecho, en el Mediterráneo occidental y oriental entre las dos guerras, la propagación de ideales autoritarios fue una experiencia temprana que se remonta a la década de 1920 y, por lo tanto, casi simultánea al nacimiento del fascismo. Al igual que en Italia, en diferentes contextos mediterráneos, la experiencia de la dictadura podría entenderse como una modernización autoritaria que representaba un modelo alternativo al democrático-liberal (y también al comunista).

Además, no debe olvidarse que el movimiento fascista no nació totalitario: Mussolini pasó parte de la década de 1920 intentando instaurar un régimen en el sentido pleno de la palabra, compartiendo mientras tanto con otros movimientos en el área mediterránea el desafío cultural y político de construir un nuevo tipo de estado (Albanese, 2006; Tusell, 1982; Ben-Ami, 1985; De Felice, 2019b).

Por lo tanto, al observar la circulación del ideal y del modelo fascista durante la década de 1920, el fascismo apareció no tanto como una experiencia nacional única y solipsista, sino como una experiencia de diálogo con el propio tiempo, el epicentro de un «contagio autoritario», de una cadena de subversiones «fascistas» alimentadas por elementos comunes como las Iglesias, el peso predominante de los militares y la aristocracia terrateniente.

---

<sup>1</sup> En 1995 la Unión Europea estableció una forma de cooperación multilateral con los países mediterráneos extra europeos. Esta asociación representó una nueva fase en sus relaciones, abordando por primera vez los temas económicos, sociales, humanos, culturales y de seguridad común. En esos años, los estudios historiográficos con una impronta nacional predominante se abrieron a perspectivas comparativas y transnacionales entre los países mediterráneos.

En esta época, entonces, el Mediterráneo representa el primer escenario de circulación de la idea y práctica política del fascismo, la primera versión de un fascismo transnacional motivado por necesidades comunes y orientado hacia objetivos comunes, que se iba realizando precisamente en la medida de su circulación.

Esta reformulación global tiene mucho que ver con lo que escribió Federico Finchelstein comentando su interpretación de *fascismo transatlántico*: «el fascismo fue muchas cosas distintas en diferentes tiempos y lugares y, sin embargo, se conservó como una ideología política transnacional con variantes teóricas, nacionales y contextuales» (Finchelstein, 2010: 53). Pero tiene mucho más que ver con lo que ya observaron los primeros «historiadores» del fascismo, expresado magistralmente por lo que Angelo Tasca escribió en 1938:

[...] una teoría del fascismo solo podría surgir del estudio de todas las formas de fascismo, ocultas o abiertas, reprimidas o triunfantes; ya que existen varios tipos de fascismo, cada uno de los cuales implica tendencias múltiples y en ocasiones contradictorias, que pueden evolucionar hasta que cambien algunos de sus rasgos fundamentales. [...] El fascismo no es un sujeto cuyos atributos es suficiente buscar, sino el resultado de toda una situación de la que [el fascismo mismo] no se puede separar (Tasca, 2012: 553).

Sobre esta base podemos identificar al menos tres áreas problemáticas para, si es posible, hablar de «fascismos mediterráneos» y en qué medida. En primer lugar, la relación entre Fascismo y Mediterráneo en la década de 1920 debe verse en un doble nivel: político y cultural. Este último punto es muy importante si consideramos cuánto la subestimación del nivel cultural afectó el uso posterior de las fuentes. De hecho, la historiografía italiana de edad republicana ha leído la producción cultural coetánea al fascismo a través de la interpretación de lo que en Italia se denomina «fascistizzazione», es decir la asunción o imposición de una línea política fascista. De esa manera, no solo la mayoría de los eruditos sino también los estudios de las décadas fascistas fueron juzgados inconsistentes o poco representativos.

Esta consideración es particularmente importante cuando se investiga la relación entre el fascismo y el Mediterráneo. De hecho, en los años de la afirmación fascista los estudios sobre el Mediterráneo han constituido una parte conspicua de la elaboración histórica y cultural que, por su número, todavía representan un *unicum* en el panorama historiográfico italiano. De hecho, hacia 1926, año que Benito Mussolini definió como el «año napoleónico de la revolución fascista», creció el interés por la historia y la posición política de Italia en el Mediterráneo. Por ejemplo, en 1927, además de la muy conocida obra *L'Italia in cammino* de Gioacchino Volpe —el mayor historiador del fascismo—, apareció también *L'Italia nel Mediterraneo* de Gaspare Ambrosini, así como *Il Mediterraneo dall'unità di Roma all'unità d'Italia*, escrito por Pietro Silva, historiador que introdujo la historia de las relaciones internacionales en Italia (Canale Cama, 2019a).

En los primeros años del período fascista, el Mediterráneo también tuvo un papel de protagonista en las elaboraciones de *Gerarchia*<sup>2</sup>, revista mensual fundada por Mussolini en 1922 y, en la década siguiente, en los *Quaderni dell'Istituto nazionale di cultura fascista*<sup>3</sup>.

En segundo lugar, tenemos que considerar que el adjetivo «mediterráneo» no es sinónimo de «colonial». Y, por eso, la relación entre el fascismo y el Mediterráneo no es exclusivamente colonial. De hecho, el Mediterráneo se convirtió gradualmente en el eje central de los diseños del fascismo y de la relativa elaboración político-cultural, mientras que solo a mediados de la década de 1930 (especialmente después de la proclamación del Imperio en 1936) el dominio sobre el área se convirtió en el máximo objetivo estratégico de la política exterior del fascismo.

En la década de 1920, en cambio, el fascismo mediterráneo asumió una apariencia variada y multiforme. Con un evidente hito en torno a 1926, más importante que la dimensión colonial fue la circulación del modelo y la práctica fascista, la circulación de un «modelo autoritario que cruzó el Mediterráneo de este a oeste».

Entre octubre de 1922 y octubre de 1923 tres países mediterráneos como Italia, España y Turquía iniciaron sus respectivos experimentos autoritarios, dirigidos a una transformación institucional de gran alcance. Y es precisamente a partir de esta última observación que se pueden

<sup>2</sup> *Gerarchia* fue la revista oficial del fascismo desde 1922. El círculo de colaboradores de la revista siempre ha sido «limitado»: sus miembros siempre fueron obedientes a las ideas de Mussolini. Entre ellos se encontraban el historiador Gioacchino Volpe, el pintor y poeta Ardengo Soffici, el historiador y jurista Arrigo Solmi, la crítica de arte Margherita Sarfatti, el publicista Franco Ciarrantini, el crítico literario Lorenzo Giusso. En la década de 1920, la revista prestó especial atención al Mediterráneo, especialmente por impulso de Soffici y Sarfatti.

<sup>3</sup> Los *Quaderni dell'Istituto nazionale di cultura fascista* fueron publicados entre 1928 y 1942 con una evidente finalidad de difusión, llegando así al gran público. De hecho, el Istituto Nazionale Fascista a principios de los años treinta llegó a liderar una densa red de filiales provinciales y contaba con un gran número de adherentes (100.000 en 1931, pasando a más de 210.000 en 1942). El Instituto tenía como objetivo difundir ampliamente la ideología del fascismo, celebrando en el Mediterráneo el papel imperial de Italia.

empezar a identificar los orígenes de un fascismo mediterráneo. A pesar de tener orígenes y motivaciones diferentes, de hecho, los tres giros autoritarios representaron de alguna manera una respuesta a las preguntas planteadas por la crisis general de posguerra.

## LAS DICTADURAS MEDITERRÁNEAS EN LA DÉCADA DE 1920

Fue precisamente a partir de la Primera Guerra Mundial que surgieron los problemas que el Mediterráneo planteó al fascismo: revisionismo del orden establecido en Versalles, crisis social y económica, nacionalismo creciente e incluso el embrión de una cuestión de identidad mediterránea que, de España a Grecia, recuperó en sentido contrario al orden de los vencedores europeos el mito cultural de la «hermandad latina» (Nitti, 1921; Silva, 1937; Tasca, 2012; Canale Cama, 2018; La Nave, 2019)<sup>4</sup>.

Incluso la forma en que Mussolini aludió al Mediterráneo unas semanas antes de la marcha sobre Roma remitía a este principio. En un discurso celebrado en Fiume el 22 de mayo de 1919 el joven jefe del fascismo dijo:

Proyectamos a los italianos como una fuerza única hacia tareas globales, haciendo del Mediterráneo nuestro lago, es decir, aliándonos con los que viven en el Mediterráneo y expulsando los que son parásitos del Mediterráneo<sup>5</sup>.

Si bien podemos reconocer indudables alusiones a un diseño colonial que, como veremos, está en absoluta continuidad con las aspiraciones de la política liberal, la referencia a la política mediterránea como un equilibrio de poder en muchos sentidos alternativo a la «talasocracia inglesa» impuesta por los demás ganadores europeos fue más bien innovadora. «Es necesario – concluyó sustancialmente en Fiume– considerar la posición de Inglaterra y Francia, así como de Gibraltar, Malta y Suez, para establecer una condición de ventaja que los demás tienen sobre Italia. Sobre estas bases hay que asentar el problema político y militar del Mediterráneo»<sup>6</sup>.

Mirando al Mediterráneo todavía como una potencia ganadora, de hecho, Italia vio en las nuevas condiciones de la posguerra la posibilidad de oponer un orden mediterráneo a un orden continental. Y esto se debió en gran parte a la oportunidad completamente nueva de la afirmación contemporánea de los «fascismos» en el mediterráneo.

Al mismo tiempo, el fascismo estaba muy contaminado por otros ejemplos autoritarios. Recordemos aquí solo que la primera experiencia de política exterior de Mussolini fue su participación en la conferencia de Lausana en 1923, que estableció los términos de la revisión del tratado de Sèvres con Turquía. De esa experiencia de profunda re-discusión del orden de Versalles no solo aprendió mucho, sino que identificó al kemalismo como un interlocutor privilegiado en el Mediterráneo oriental (Di Casola, 1993; Di Casola, 1990; Degli Esposti, 2015; De Felice, 1988). Como escribía *Gerarchia* comentando la crisis de la posguerra:

Entre los escombros y la escoria de los muchos regímenes y los muchos esquemas políticos que habían desaparecido definitivamente, habían surgido tres ideologías al mismo tiempo: el Comunismo, el Fascismo y el Kemalismo<sup>7</sup>.

Entre 1923 y 1926, de hecho, debemos observar un Mediterráneo renovado que aprendió de la lección de Mustafa Kemal el simple principio de que los saldos de posguerra no eran inmutables y que, de hecho, la guerra en el Mediterráneo podría ser decisiva para animar los impulsos revisionistas. En este contexto, el fascismo mostró ciertamente los primeros rasgos de un dinamismo agresivo (por ejemplo, el intento de anexión de la isla de Corfú). Pero también hay que recordar que fueron mayoritariamente motivados por la resolución de «legados no resueltos» de la última política liberal, especialmente en lo que respecta al contexto del Adriático (La Nave, 2019; Di Nolfo, 1954; Canale Cama, 2020; Vivarelli, 1991).

Pero no fue solo el Mediterráneo oriental el observatorio privilegiado del fascismo. En 1923 el golpe de Primo de Rivera en España permitió que el fascismo volviera con confianza su mirada también hacia Occidente. El período que transcurrió entre la marcha de Mussolini en Roma y el

<sup>4</sup> La noción de «hermandad latina» es amplia y concierne a todos aquellos países que han reconocido, en un momento u otro de su historia, un vínculo particular basado en el hecho de compartir la ascendencia étnica y la cultura latina como rasgo significativo de su identidad: en especial Italia, Francia, España, Portugal, Rumanía, así como los países de América Latina. Este mito político, bien arraigado en la cultura fascista de los años veinte, solo a lo largo de los años treinta se habría convertido en un mito de la «Romanidad» con la intención de celebrar el destino imperial de Roma fascista (Tarquini, 2017: 139-150; Storchí, 2017: 71-83).

<sup>5</sup> «L'Adriatico e il Mediterraneo in Benito Mussolini», *Opera omnia*, v. XIII, Firenze, 1954, p. 143.

<sup>6</sup> «L'Adriatico e il Mediterraneo in Benito Mussolini», *Opera omnia*, v. XIII, Firenze, 1954, p. 144.

<sup>7</sup> «Fiolco D'Ancora, Fascismo e Kemalismo», *Gerarchia*, octubre 1932, pp. 856-857.

golpe primorriverista fue realmente tan pequeño que los periódicos y revistas de la época pusieron en estrecha relación.

En primer lugar, parecía similar el contexto de crisis en los dos países. De hecho, después del primer conflicto mundial, las diferentes condiciones pronto se convirtieron en un escenario parecido de crisis social (se podría decir que lo que llamamos en Italia «*biennio rosso*» –bienio rojo– corresponde a la experiencia del trienio bolchevique en España con las protestas agrarias que agitaron a Andalucía y Cataluña) y en una condena sin apelación a la debilidad del sistema liberal (Albanese, 2016; Tomasoni, 2011; Delzell, 1970).

Tanto en Italia como en España, por lo tanto, el exitoso intento subversivo que tuvo que conducir a un cambio de régimen tuvo una larga incubación y podría remontarse al problema más general de la crisis del liberalismo, colocándose en la línea común de una respuesta subversiva y modernizadora a ella. Y no solo eso; en ambos casos, la subversión también podría interpretarse como una respuesta decisiva a una crisis de identidad con respecto a la relación con la idea de nación.

Aunque ganadora de la Primera Guerra Mundial, de hecho, Italia no pudo escapar al estrecho sentimiento de haber perdido en cambio la «cuarta guerra del Risorgimento» y, con ella, la posibilidad de completar el largo y ansiado proceso de unidad nacional. Pronto el mito de la «victoria mutilada» creado por el poeta Gabriele D'Annunzio había cabalgado sobre esta sugerencia, elevándola a un valor político y trasladándola, así como meta a alcanzar para el fascismo temprano. En 1921, por tanto, mientras los últimos efectos de la expedición de Fiume volvían a Italia y las elecciones políticas subrayaban la crisis definitiva del Estado liberal, en España se consumaba el desastre de Annual (Marruecos). Dando continuidad a la derrota de 1898 (el desastre fineseccular a menudo evocado por la Generación del 98) y a la consiguiente pérdida del gran imperio colonial español, el desafortunado epílogo de la guerra del Rif obligó a España a aceptar una realidad que traicionó sus desproporcionadas ambiciones (Mugnaini, 1998; Sueiro Seoane, 1993; Albonico, 1982).

Por supuesto, en la posguerra Italia y España fueron países que provenían de procesos evolutivos extremadamente diferentes: en el equilibrio de poder entre los dos siglos, España fue considerada una reliquia de la vieja política del *ancien régime* y, en cambio, Italia fue aclamada como una nación prometedora en construcción. Pero los dos países, el primero por la pérdida territorial y de prestigio, el segundo por falta de crecimiento, se encontraron en la década de 1920 con un problema similar, con una insatisfactoria «forma de nación» que en breve no solo avivaría la crisis institucional interna, sino que también influiría fuertemente en la nueva forma de interpretar el contexto de acción común, el Mediterráneo.

A partir de 1925 la convergencia explícita de las dos «hermanas latinas» hacia una política revisionista y marcadamente anti francesa se hizo particularmente evidente porque, tanto Mussolini (que ya había superado la crisis desencadenada por el crimen de Matteotti) como Primo de Rivera (que había reprimido las nuevas revueltas del Rif y había pasado de la dictadura militar a la civil), estaban consolidando sus regímenes y finalmente se consideraron capaces de impartir un cambio duradero al orden mediterráneo (Tusell, 1982).

El acuerdo italo-español de 1926, que se alcanzó después de largas negociaciones y a pesar de momentos de *impasse* y frustración mutua, tuvo de hecho un valor de diez años y, como los acuerdos clásicos del siglo XIX, pretendía dialogar con la posición británica en el Mediterráneo<sup>8</sup>.

Pero, más allá de la valoración objetiva de los acuerdos, debemos enfatizar que estos jugaron un papel significativo en la auto representación triunfante de los dos regímenes como dictaduras mediterráneas. Además, mucho se podría decir acerca de la construcción paralela de un Estado renovado a partir de sus instituciones y, sobre todo, de la simultaneidad del proceso de consolidación del régimen que inevitablemente hizo que las dos experiencias fueran permeables en aquellos mismos años (Albanese, 2016; Ben-Ami, 1985; Tusell, 1987; Tusell, 1995; Lubbert, 1997).

Pero en el corto espacio disponible, el elemento que parece más interesante es el tema de una identidad mediterránea común compartida también como proyecto político de revisionismo que de alguna manera precede y forma la base de las dos experiencias.

<sup>8</sup> El tratado italo-español de 1926 fue objeto de interpretaciones incluso contradictorias que van desde la identificación de una alianza político-ideológica real entre las dos dictaduras, al realce exclusivo del carácter anti francés, a un acuerdo de alcance y efectos limitados e indebidamente alabado por la propaganda del régimen. Una visión más moderada, en cambio, propone una interpretación que pone el acento en la convergencia de intereses en política exterior ciertamente reforzada por una hostilidad política común hacia Francia, principal catalizador de la actividad anti-régimen de los exiliados italianos y españoles. Véase Mugnaini (1998: 72-73).

En resumen, la originalidad de estas experiencias fue crear una alternativa ideal y política contra el orden continental impuesto en Versalles. La ocupación del espacio del Mediterráneo occidental por las «hermanas latinas», de hecho, no solo creó un bloqueo objetivo para las estrategias francesa y británica, sino que abrió el espacio para una nueva propuesta como una alternativa ideal al liberalismo y al bolchevismo (Silva, 1937; Nitti, 1921; Vigezzi, 1984).

Entonces, en el Mediterráneo occidental y oriental entre las dos guerras, de hecho, la propagación de ideales autoritarios fue una experiencia temprana que se remonta a la década de 1920, por lo tanto, casi simultánea al nacimiento del fascismo. Al igual que en Italia, en diferentes contextos mediterráneos la experiencia de la dictadura podría entenderse como una modernización autoritaria que representaba un modelo alternativo al democrático-liberal (y también al comunista). Era una solución viable, más allá de las especificidades nacionales, en todos aquellos contextos en los que las instituciones representativas no tenían bases democráticas sólidas.

Pedir más a las experiencias dictatoriales de aquellos años, ubicarlos en los términos de la realización de un modelo totalitario ya consolidado en lugar de procesos en construcción, sería mirar a la historia en retrospectiva. A nivel global, de hecho, estas experiencias encontraron una prueba natural frente a la crisis de 1929. Es en este sentido que podemos compartir la idea sugerida por Hobsbawm (2000: 158) cuando escribe:

Si no hubiera habido la Gran crisis, el fascismo ¿se convertiría en un evento significativo en la historia mundial? Probablemente no. Italia sola no era una base prometedora para transformar al mundo. En la década de 1920, ningún otro movimiento europeo de extrema derecha contrarrevolucionaria parecía tener un gran futuro, precisamente por el mismo motivo por el que fracasaron los intentos de revolución social comunista.

Con la crisis de 1929 y la afirmación del nazismo en 1933, la temporada de los fascismos mediterráneos dio paso a la de los totalitarismos, que se enfrentaron a la prueba de una nueva guerra mundial. Sin embargo, por muy catalizadora que fuera, esta temporada totalitaria no resolvió los problemas que habían hecho del fascismo un movimiento mediterráneo transnacional en la década de 1920.

### **FASCISMO Y MEDITERRÁNEO: UNA RELACIÓN POLÍTICA Y CULTURAL**

A la luz de lo que hemos dicho hasta ahora, la relación entre el fascismo y el Mediterráneo no puede leerse exclusivamente en clave colonial. Por ejemplo, a mediados de la década de 1920, el fascismo aún intentaba renegociar espacios de autonomía entre las potencias vencedoras para imponer orden en un Mediterráneo oriental todavía profundamente marcado por la ineficacia de las estrategias de los tratados de paz.

Como hemos mencionado, la política exterior de Mussolini en los primeros años del fascismo había seguido una línea de continuidad con la política anterior de los gobiernos liberales, en particular en los temas mediterráneos. Mussolini, además, fue consciente de ello cuando en 1924 afirmó en el Parlamento que «la política exterior es la proyección global y compleja de una nación en el mundo [...]». Una política nunca es original. La política exterior está estrictamente condicionada a las circunstancias fácticas en el orden geográfico, en el orden histórico y en el orden económico»<sup>9</sup>, observación que ciertamente se aplica al futuro sino también del pasado más reciente en la historia nacional.

En definitiva, el Mediterráneo no fue un proyecto exclusivo de Mussolini y ciertamente no debemos esperar el triunfo del régimen para que los geógrafos, historiadores y periodistas volvieran a la idea de una afirmación italiana en el Levante mediterráneo también en contraste con la política de Mandatos que, mientras tanto, estaban siguiendo los otros ganadores de la guerra.

De hecho, ya en 1919-1920 el debate fue particularmente ferviente y las soluciones propuestas, a pesar de una abundante variedad de interpretaciones, no diferían mucho del núcleo de las ambiciones hegemónicas de antes de la guerra (De Felice, 1988; Gabellini, 1996).

En esta continuidad ideal hay al menos dos ideas que el fascismo «tomó prestadas» de la política anterior sobre el Mediterráneo. En primer lugar, la idea de una Italia entendida como puente –ideal pero también político– entre Oriente y Occidente. En perfecta continuidad con el legado de la Gran Guerra, por ejemplo, Mussolini había afirmado en un discurso pronunciado en Pola el 24 de septiembre de 1920 que:

La Italia de Vittorio Veneto siente la atracción irresistible hacia el Mediterráneo, que abre el camino a África. Una tradición dos veces milenaria llama a Italia a las costas del continente negro, que hace alarde del Imperio Romano en sus venerables reliquias. Si Italia vivió la

<sup>9</sup> Discorso in Parlamento, 15 diciembre 1924, en Mussolini, B.: *Scritti e discorsi*. Vol. IV, Roma 1939, p. 382.

tragedia de Adua, se lo debe a la insuficiencia ideal de su política interior y exterior, a la que hay que atribuir nuestro fracaso en Chipre y nuestra exclusión de Túnez<sup>10</sup>.

Al considerar el Mediterráneo como «un mar italiano», en ese momento el dato geográfico de una Italia ubicada en el centro del Mediterráneo jugaba a favor de la interpretación de Mussolini mucho más que una ideología imperial aún por construir.

Por ejemplo, como escribió Silva en 1926, se podría reconocer que el fascismo fue, en la historia del Mediterráneo italiano, un elemento de ruptura de los equilibrios del siglo XIX que el «colonialismo» de la paz de París aspiraba a preservar, favoreciendo la reorganización del eje franco-británico:

El orden colonial –ya había escrito Silva en 1923– es inestable tanto porque los poderes hegemónicos de la Entente han pisoteado a los vencidos, como porque no tuvo justicia con los aliados menores. Por tanto, la carta colonial ha cambiado para peor, acentuando las antiguas y duras desigualdades coloniales entre los pueblos. Se puede decir que la paz colonial de París, como la paz colonial del siglo XVIII, más que ordenar el mundo prepara elementos para nuevas guerras (Silva, 1923: 9).

En este contexto, el fascismo y, más en general, las incipientes dictaduras mediterráneas, habían orientado su acción política en sentido revisionista oponiendo una nueva barrera a los viejos equilibrios hegemónicos, como lo demostraron las relaciones italo-españolas hasta 1926. Revisionismo, revanchismo y aspiraciones de futura grandeza fueron así mezclados con el imperialismo italiano clásico, que todavía buscaba la realización del «sueño mediterráneo»: «Nuestro imperialismo, que quiere alcanzar las fronteras correctas marcadas por Dios y la naturaleza y que quiere expandirse en el Mediterráneo, no es el violento prusiano, ni el hipócrita inglés, es el romano», concluyó Mussolini, evitando un giro temprano hacia un imperialismo definitivamente opresivo (Silva, 1937; Ambrosini, 1927; De Luigi, 1927).

Aunque de hecho las futuras líneas del «fascismo fronterizo» empezaron a vislumbrarse en cuestiones relativas al Adriático y las relaciones con las poblaciones eslavas («el Adriático, que es nuestro golfo, debe estar en nuestras manos. Con una raza como la eslava, inferior y bárbara, no hay que seguir la política que da el azúcar, sino la del palo», había dicho también en el mismo discurso de Pola), la relación entre el fascismo y el Mediterráneo muestra perspectivas aún más amplias de las simplemente coloniales.

En la reorganización más general del Levante discutida en varias ocasiones por los vencedores de la Primera Guerra Mundial después de 1919, la Italia fascista quiso tener voz incluso en cuestiones no estrictamente relacionadas con el discurso colonial.

La cuestión de los Estrechos, como la de los Lugares Santos en Palestina, por ejemplo, fue el punto clave de un programa aún incierto en el momento del primer viaje de Mussolini a África (8-13 de abril de 1926). Como escribió *Gerarchia* entonces:

Han hablado [los ganadores] de querer darle un Mandato a nuestro país. Esta concesión es bienvenida. [...] Pero no es excesiva pretensión si nos permitimos pedir, por ejemplo, el mandato sobre los Santos Lugares. Ahora bien, es cierto que Inglaterra respeta y hace cumplir la Casa de Cristo, pero también es dolorosamente cierto que Palestina se convertirá en centro del judaísmo<sup>11</sup>.

Este viaje ha sido referido a menudo como el bautismo de una estrategia colonial definida que, diez años después, conduciría a la fundación del Imperio. Sin embargo, si bien es cierto que 1926 se celebró como el «año napoleónico» del fascismo –con el «día colonial» que se celebró en toda Italia el 21 de abril de 1926–, también es cierto que, según la línea oficial, la visita de Mussolini a Trípoli tenía tres propósitos principales, decididamente más conciliadores y moderados: reafirmar el valor histórico atribuido por el Gobierno a la política africana; atestiguar la larga relación creada a lo largo de los siglos entre Italia y el Oriente musulmán y mediterráneo; y propiciar la formación de una conciencia nacional sobre estos temas.

Precisamente a partir de 1926-27, por tanto, la cuestión mediterránea empezó a vincularse cada vez más a los problemas coloniales, cuyo entrelazamiento empezó a subrayarse según lo que dictaba la política gubernamental.

En el plano político, además, superando la línea prudente dictada por el fracaso de la ocupación de Corfú, entre el otoño de 1925 y la primavera de 1926 se incluyeron diversas

<sup>10</sup> *L'imperialismo fascista vuole i confini segnati da Dio e dalla natura. L'Italia deve essere il ponte fra l'Occidente e l'Oriente*, Discorso di Mussolini a Pola (24 settembre 1920). El discurso ha sido reproducido textualmente en Chiurco (1929: 267-271).

<sup>11</sup> «Política colonial», *Gerarchia*, marzo 1926. Sobre el tema véase De Felice (1988), Gabellini (1996), Di Nolfo (1960), Rogan (2016).

demandas coloniales en el marco más general de la perentoria petición de «revisión» de los tratados de paz. De hecho, 1926 fue también el año del giro revisionista que ya había logrado cierto éxito: el 15 de agosto de 1924, Gran Bretaña, sobre la base del artículo 13 del Tratado de Londres, había cedido el territorio de Juba a Italia; en diciembre del año siguiente acordó una revisión de la frontera entre Egipto y Libia y reconoció, contra la opinión de Francia, la preeminencia de Roma sobre las zonas situadas entre Eritrea y Somalia. Además, había facilitado la agregación de Rodas y las islas del Dodecaneso a Italia, como posesión definitiva (Palma, 1999).

En los años posteriores a la Marcha sobre Roma, por tanto, la relación entre el fascismo y el Mediterráneo era todavía multifacética, y en ella era difícil rastrear una clave de lectura unitaria, sobre todo si esta es exclusivamente colonial. Este último punto, ligado a una política expansionista tradicional, estuvo ciertamente presente y fue reforzado sobre todo por ideólogos y exponentes del movimiento nacionalista que se habían fusionado con el fascismo.

Por otro lado, también hay que decir que una elaboración inicial de la política colonial fascista marcó objetivos menos invasivos como la expansión del comercio y del capital también en la perspectiva futura de la «italianización», o la resolución del secular problema de la emigración campesina que fue también, después de todo, una de las razones de la conquista de Libia en la época liberal.

La cuestión colonial y, en un sentido más general, la expansión ultramarina estuvo, por tanto, presente en el plan político de Mussolini a mediados de la década de 1920, pero no es completamente equivalente a la cuestión mediterránea. De hecho, serán necesarios diez años para que se realice el «espejismo» imperial de la Italia fascista. En 1926, en cambio, era todavía válido todo lo que hemos dicho sobre la relación entre fascismo y autoritarismos mediterráneos. Un panorama complejo, evocado en el famoso viaje de Mussolini a África por la perentoria afirmación «nosotros somos mediterráneos»<sup>12</sup>.

Es a partir de estas reflexiones que podemos volver a mirar el binomio fascismo / fascismos con ojos renovados, porque –como ha afirmado sugestivamente Enzo Collotti– «la presencia del modelo no anula en modo alguno la especificidad y características de cada régimen, precisamente porque es la expresión de una historia y cultura nacional, pero ayuda a identificar los elementos que se puede considerar que caracterizan su fisonomía y a realizar las comparaciones oportunas» (Collotti, 1991: 49).

Trabajar en esta convergencia más que en vista de la pura y simple exportación del modelo fascista italiano y la «fascistizzazione» de las sociedades Euro-Mediterráneas, abre muchas perspectivas de investigación que también insisten con éxito en la contribución de los llamados fascismos menores a la definición del fenómeno fascista en su conjunto y su propia circulación en el área mediterránea y más allá.

## REFERENCIAS

- ALBANESE, Giulia: *Dittature mediterranee. Sovversioni fasciste e colpi di Stato in Italia, Spagna e Portogallo*. Roma-Bari: Laterza, 2016.
- ALBONICO, Aldo: «L'Italia e il mondo iberico nel primo dopoguerra: velleità coloniali ed economiche (1919-1923)», *Nuova Rivista Storica* LXVI, 1982, pp. 82-132.
- AMBROSINI, Gaspare: *L'Italia nel Mediterraneo*. Foligno: Franco Campitelli Editore, 1927.
- BEN-AMI, Shlomo: *Fascism from above. The dictatorship of primo del Rivera in Spain, 1923-1930*. Oxford: Oxford University press, 1985.
- CANALE CAMA, Francesca: *Una guerra mediterranea. Grande Guerra, Imperi e Nazioni nel Mediterraneo*. Soveria Mannelli: Rubbettino, 2018.
- CANALE CAMA, Francesca: «Il Mediterraneo di Pietro Silva». G. D'ARGENIO (a cura di): *Novecento Mediterraneo*. Napoli: Guida, 2019a.
- CANALE CAMA, Francesca: «Dittature mediterranee. Italia e Spagna da Primo de Rivera al primo franchismo (1923-1943)». José Antonio PÉREZ JUAN; Sara MORENO TEJADA (coord.): *Represión y orden público durante la II República, la guerra civil y el franquismo. Una visión comparada*. Navarra: Thomas Reuters/Aranzadi, 2019b, pp. 305-338.
- CANALE CAMA, Francesca: *Quella pace che non si fece. Francesco Saverio Nitti e la pace tra Europa e Mediterraneo (1919-1922)*. Soveria Mannelli: Rubbettino, 2020.
- CANALE CAMA, Francesca; CASANOVA, Daniele; DELLI QUADRI, Rosa Maria: *Storia del Mediterraneo moderno e contemporaneo*. Napoli: Guida, 2017.
- CHIURCO, G. A.: *Storia della rivoluzione fascista*. Firenze, 1929.
- COLLOTTI, Enrico: *Fascismo, fascismi*. Firenze: Sansoni, 2004.
- COLLOTTI, Enrico: «Franchismo/Fascismo», *Giornale di Storia Contemporanea* 2, 1999, pp. 43-57.
- COSTA PINTO, Antonio: *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*. London: Palgrave Macmillan, 2014.

<sup>12</sup> Discorso tenuta a Tripoli (8 aprile 1926), en Mussolini, B.: *Scritti e discorsi*. Vol. IV., Roma, 1939.

- DE FELICE, Renzo.: *Intervista sul fascismo*. Roma, Bari: Laterza, 1975.
- DE FELICE, Renzo: *Il fascismo e l'Oriente. Arabi, ebrei e indiani nella politica di Mussolini*. Bologna: Il Mulino, 1988.
- DE FELICE, Renzo: *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*. Torino: Einaudi, 2019a.
- DE FELICE, Renzo: *Mussolini il fascista, la conquista del potere, 1921-1925*. Torino: Einaudi, 2019b.
- DEGLI ESPOSTI, Nicola: «An impossible friendship: differences and similarities between fascist Italy's and Kemalist Turkey's foreign policies», *Diacronie* [OnLine] 22 (2), 2015.
- DELZELL, Charles Floyd: *Mediterranean Fascism 1919-1945*. London: Palgrave Macmillan UK, 1970.
- DE LUIGI, Giuseppe: *Il Mediterraneo nella politica europea*. Napoli: 1927.
- DI CASOLA, Maria Antonia: «Tra Fascismo e Kemalismo. Per una verifica delle relazioni italo-turche dal 1928 al 1934», *Il Politico* 55 (4) (156), 1990, pp. 733-774.
- DI CASOLA, Maria Antonia: «L'Italia e il Trattato di Losanna del 1923», *Il Politico* 58 (4) (157), 1993, pp. 679-694.
- DI NOLFO, Ennio: *Mussolini e la politica estera italiana*. Padova: CEDAM, 1960.
- DI NOLFO, Ennio: «Il revisionismo nella politica estera di Mussolini». *Il Politico* 19 (1), 1954, pp. 85-100.
- FINCHELSTEIN, Federico: *Fascismo transatlantico. Ideologia, violenza y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*. Buenos Aires: FCE, 2010.
- GABELLINI, Andrea: «Il fascismo e i mandati negli anni Venti. Il caso siriano tra nazionalismo arabo ed espansione economica e culturale», *Il Politico* 61 (2) (167), 1996, pp. 273-314.
- HOBSBAWM, Eric: *Il secolo breve*. Milano: Rizzoli, 2000.
- LA NAVE, Gaetano: «Il Mediterraneo tra le due guerre. Un crocevia fra imperi, nazioni e nuove identità (1918-1939)». G. D'ARGENIO (a cura di), *Novecento Mediterraneo*. Napoli: Guida, 2019.
- LUEBBERT, Gregory M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocrazia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.
- MUGNAINI, Marco: «Italia, Spagna e la formazione di un nuovo equilibrio mediterraneo (1923-1928)», *Spagna Contemporanea* 14, 1998, pp. 53-77.
- NITTI, Francesco Saverio: *L'Europa senza pace*. Firenze: R. Bemporad & Figlio Editori, 1921.
- PALMA, Silvana: *L'Italia coloniale*. Roma: Editori Riuniti, 1999.
- PEDRAZZI, Orazio: *Il Levante Mediterraneo e l'Italia*. Milán: Alpes, 1925.
- ROGAN, Eugene: *Gli Arabi*. Milano: Bompiani, 2016.
- SILVA, Pietro: *Alcune questioni mediterranee*. Dispensa preparata per l'insegnamento all'Accademia navale di Livorno. Livorno, 1923.
- SILVA, Pietro: *Il Mediterraneo dall'unità di Roma all'impero italiano*. Milán: ISPI, 1937 (successive edizioni: 1939, 1941, 1942).
- SILVA, Pietro: *Italia - Francia - Inghilterra nel Mediterraneo*. Milán: Ispi, 1939.
- STORCHI, Simona: «Latinità, modernità e fascismo nei dibattiti artistici degli anni Venti», *Cahiers de la Méditerranée* 95, 2017, pp. 71-83.
- SUEIRO SEOANE, Susana: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «Cuestión Marroquí», 1923-1930*. España: UNED, 1993.
- TASCA, Angelo: *Nascita e avvento del fascismo*. Milano: Pgreco Edizioni, 2012.
- TARQUINI, Alessandra: «Il mito di Roma nella cultura e nella politica del regime fascista: dalla diffusione del fascio littorio alla costruzione di una nuova città (1922-1943)», *Cahiers de la Méditerranée* 95, 2017, pp. 139-150.
- TOMASONI, Matteo: «L'Italia alla periferia del mediterraneo. Le relazioni italo-spagnole tra il XIX e il XX secolo: politica, economia e società», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea* [OnLine] 5, 2011.
- TUSELL, Javier: *Radiografía de un golpe de Estado: el ascenso al poder del general Primo de Rivera*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.
- TUSELL, Javier: «La Dictadura de Primo de Rivera». *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo XXXVIII, vol. II. Madrid: Espasa Calpe, 1995.
- TUSELL, Javier y SAZ, Ismael: «Mussolini y Primo de Rivera: las relaciones políticas y diplomáticas de dos dictaduras mediterráneas», *Boletín de la Real Academia de la Historia* CLXXIX, 1982, pp. 413-484.
- VIGEZZI, Brunello: «Politica estera e opinione pubblica in Italia dal 1919 al 1940. Orientamenti degli studi e prospettive della ricerca». *Opinion publique et politique extérieure en Europe. II. 1915-1940. Actes du Colloque de Rome*. Rome: École Française de Rome, 1984, pp. 81-136.
- VIVARELLI, Roberto: *Storia delle origini del fascismo*. Bologna: Il Mulino, 1991.